

El sueño del humanismo hoy

Angelo Ballastro

cultura

Antes de concederse el merecido descanso, consciente de la bondad del trabajo realizado, pero movido, si es lícito decirlo, por el deseo de compartir la hermosura de su propia creación con una realidad capaz de responderle y sacarle así de su soledad infinita, Dios crea, modelándolo sobre su propia figura, al ser humano, varón y mujer, para ponerlo en el centro del universo y hacerle gozar de los frutos de un amor infinito.

Tanto el poderoso Yahvista (*Gen. 2, 7*) como el más frío Sacerdotal (*Gen. 1, 26*) no dudan en referirse a esta criatura definitiva como a un אָדָם (*adám*). Nunca, en la antigüedad, un nombre fue casual: durante siglos y siglos, los nombres fueron instrumentos de comprensión profunda del misterio, instrumentos vivos, delicados y terribles.

En hebreo, אָדָם es la forma masculina del sustantivo אֲדָמָה (*adamah*), que, con el significado de *tierra, arcilla, campo, terreno*, guarda relación con el adjetivo אָדָם (*adom*), *rojo, marrón*, y con el sustantivo דָם (*dam*), *sangre, asesinato, matanza*. El primer ser humano es *adám* porque hecho de tierra, atravesado por el rojo flujo de la sangre y dotado de temibles poderes. La profunda, auténti-

ca intuición del idioma semítico se encuentra también en la raíz indoeuropea *GHM, de donde proceden los sustantivos latinos *humus* (*tierra*), *homo* (*ser humano*, en contraposición con *bestia*) y, finalmente, *humanitas* (*naturaleza, dignidad y sociedad de homines, también amabilidad, educación, gusto*)¹.

Las humanidades ayer

Si la síntesis más célebre de los múltiples significados del vocablo *humanitas* se encuentra en un verso de Terencio –*homo sum: humani nil a me alienum puto*²– es sin duda en las páginas de Cicerón donde dichos significados cobran, conscientemente, toda su fuerza³. En efecto, se debe al Arpinate la idea de la *humanitas* como principio moral objetivo y la consiguiente idea de los *studia humanitatis* como

terreno a cultivar para la formación de ciudadanos capaces de anteponer al interés personal el deber de la solidaridad:

[...] *nihil est tam illustre nec quod latius pateat quam coniunctio inter homines hominum et quasi quaedam societas et communicatio utilitatum et ipsa caritas generis humani. [...] Quae animi affectio suum cuique tribuens atque hanc, quam dico societatem coniunctionis humanae munifice et aequae tuens iustitia dicitur*⁴.

Es en virtud de su ser portador de una *humanitas* forjada en los *studia humanitatis* que Arquia merece ser ciudadano de Roma: la oración de Cicerón en defensa del poeta griego, descubierta con asombro por el joven Petrarca en 1333, es un alegato a favor de los *studia humanitatis ac litterarum*⁵, es decir, de un *otium* que, lejos de identificarse con una improductiva huida del mundo, es condición imprescindible para la acción política en beneficio de la comunidad.

¹ Cf. el griego χθών, *tierra*. Otros, entre los cuales Bopp, piensan que el latín *homo* deriva de la raíz indoeuropea *BHU, que vale *ser, generar, crecer*, de donde proceden también el sustantivo sánscrito *bhūmi* (*tierra como elemento que genera y hace crecer*) y el verbo griego φύω (*nacer, crecer, generar*: cfr. φύσις, *naturaleza*).

² *Heautontimorumenos.*, 70

³ Cf. ONIGA, RENATO, *Contro la post-religione. Per un nuovo umanesimo cristiano*, Verona, Fede e cultura (*Saggistica*, 26), 2009, cap. VI («L'idea latina di *humanitas*»).

⁴ CICERO, *De finibus*, III, 23, 65: «[...] nada es tan espléndido, nada tiene un alcance tan grande como la unión entre los seres humanos, una cierta sociedad y comunicación de servicios y el mismo amor del género humano. [...] Aquella disposición del ánimo que da a cada uno lo suyo y que protege con liberalidad y equidad esta sociedad humana de la que hablo se llama justicia».

⁵ Cf. *Pro Archia Poeta*, 3.

Hacia finales del siglo XIV, las expresiones *studia humanitatis* y *studia humaniora*, derivadas de la obra de Cicerón y de un discutido pasaje de las *Noctes Atticae* de Gelio⁶, empiezan a significar un conjunto determinado de disciplinas intelectuales –*grammatica, rhetorica, historia, poesia, moralis philosophia*–, cuyo estudio, fundamentado en la lectura y en la interpretación de los autores latinos y, en grado menor, griegos, era considerado imprescindible para la formación del hombre libre y *dignus*.

En palabras de un eminente estudioso, se trataba de «un programa cultural y educativo, en el cual se enfocaba y desarrollaba un campo de estudios importante, pero limitado. Dicho campo tenía como centro un grupo de materias cuyo interés primero no eran ni los clásicos ni la filosofía, sino algo que

podríamos describir aproximadamente como literatura. [...] A mayor abundancia, los *studia humanitatis* incluían una disciplina filosófica –es decir, la moral– y excluían por definición campos como la lógica, la astronomía, la medicina, las leyes y la teología, por sólo mencionar aquellas áreas de estudio firmemente establecidas en las actividades universitarias y en los esquemas de clasificación de ese periodo»⁷. Dicho conjunto de disciplinas constituye la base de aquel fenómeno extraordinario que denominamos, desde hace sólo doscientos años, *humanismo*. De hecho, no muchos saben que el vocablo *humanismus* fue acuñado, con toda probabilidad, en 1808, por el alemán Friedrich Immanuel Niethammer, el cual, frente a las demandas crecientes de una mayor formación científico-técnica, defendió una educación secundaria fundamentada en el estudio de los clásicos griegos y latinos⁸.

Fue otro alemán, el historiador Georg Voigt, quien, en 1859, utilizó el vocablo *humanismus* para referir-

⁶ XIII, 17, 1: «Qui verba Latina fecerunt quique his probe usi sunt, *humanitatem* non id esse voluerunt, quod vulgus existimat quodque a Graecis *philanthropia* dicitur et significat *dexteritatem* quandam *benivolentiamque* erga omnes homines *promiscam*, sed *humanitatem* appellaverunt id *propemodum*, quod Graeci *paideian* vocant, nos *eruditionem institutionemque* in bonas *artis* dicimus. Quas qui *sinceriter cupiunt adpetuntque*, hi sunt vel *maxime humanissimi*. Huius enim *scientiae cura et disciplina* ex *universis animantibus uni homini* dast idcircoque *humanitas* appellata est».

⁷ KRISTELLER, PAUL OSKAR, *Renaissance Thought and its Sources*, New York, Columbia University Press, 1979 (trad. española de PATÁN LÓPEZ, FEDERICO, *El pensamiento renacentista y sus fuentes*, Fondo de Cultura Económica, 1979, p. 40).

⁸ Cf. KRISTELLER, PAUL OSKAR, *op. cit.*, pp. 39 y 140, nota 64.

se, concretamente, al movimiento cultural italiano de los siglos XIV-XV⁹. Para su creación, Niethammer se inspiró evidentemente en el más antiguo sustantivo *humanista*, término, al parecer, nacido en la segunda mitad del siglo XV, en el ámbito universitario¹⁰, mediante el uso del sufijo *-ista*, sobre el modelo de vocablos medievales como *legista*, *iurista*, *canonista* o *artista*, para referirse a los maestros encargados de los *studia humanitatis*, reservándose otros títulos *-grammaticus*, *rhetor*, *poeta*, *orator*— para los intelectuales de mayor prestigio¹¹.

⁹ VOIGT, GEORG, *Die Wiederbelebung des klassischen Alterthums oder das erste Jahrhundert des Humanismus*, Berlín, 1859 (1880/81², 1893³).

¹⁰ El vocablo *humanista* se afirmó en el vulgar italiano, en la forma *humanista*, que, según parece, se encuentra por primera vez en 1523, en ARIOSTO, *Satire*, VI, 25: «Senza quel vizio son pochi umanisti» («Sin aquel vicio son pocos humanistas»).

¹¹ Cf. KRISTELLER, PAUL OSKAR, *op. cit.*, pp. 139-140; BILLANOVICH, GIUSEPPE, «Auctorista, humanista, orator», en *Rivista di cultura classica e medioevale* («Studi in onore di Alfredo Schiaffini»), 7, 1965, pp. 143-163; KOHL, BENJAMIN G., «The changing concept of “studia humanitatis” in the early Renaissance», en *Renaissance studies*, VI, 1992, pp. 185-209; RICO, FRANCISCO, *El sueño del humanismo*, Barcelona, Destino, 2002, pp. 77-78; PIGNATTI, FRANCO, «Umanista», en <http://www.italia.rai.it/rinascimento/categorie/umanista.htm>.

Este *humanismo* históricamente entendido, prescindiendo, por tanto, del uso moderno y difuso del término, hunde sus raíces en el humus cultural de algunas ciudades del norte de Italia, como Padua y Verona—donde, ya hacia finales del siglo XIII, «un puñado de notarios dio comienzo al nuevo estilo de literatura, y aun de civilización, que acabó por conquistar Occidente»¹²—, va creciendo en la rica tierra de Toscana, regado con esmero por la inteligencia inquieta de Francesco Petrarca (1304-1374), y florece en el siglo XV, cuando, gracias a la labor de algunos cancilleres de la república florentina, entre los cuales cabe destacar los nombres de Coluccio Salutati (1331-1406) y Leonardo Bruni (1370-1444), se lleva a cabo un definitivo cambio de perspectiva: «el humanismo del siglo XIV, que había mantenido las características medievales de un alejamiento del mundo, se transformaba ahora en un humanismo civil. El despertar del antiguo espíritu cívico halló su paralelo en la esfera intelectual con el redescubrimiento de la Antigüedad en el dominio del arte, hecho por Donatello y Brunelleschi»¹³, cuando «el

¹² BILLANOVICH, GIUSEPPE, *La tradizione del testo di Livio e le origini dell'Umanesimo*, Padua, 1981, vol. I, p. 2, cit. en RICO, FRANCISCO, *op. cit.*, p. 29, nota 15.

¹³ BARON, HANS, *En busca del humanismo cívico florentino. Ensayos sobre el cambio*

nuevo arte, sostenido en el espíritu del individualismo, no se encontraba aún al servicio de los mecenases», sino, «principalmente, al servicio de la comuna y de los grandes gremios»¹⁴. Modelo excelso de conciliación entre *otium* y *negotium* es, para el mencionado Bruni, Cicerón, representante de aquella Roma republicana que, a los ojos del canciller *humanista*, renace en la ciudad de Florencia, donde «la libertad y la igualdad de los ciudadanos y no el dominio de los pocos» constituyen la base de la organización social¹⁵:

Nadie que observe el legado literario de Cicerón podría creer que dispusiera de algún tiempo que dedicar al pueblo; y nadie que lea sobre sus actividades políticas, sus discursos, sus trabajos y sus luchas tanto en la vida pública como en la privada podría jamás imaginar que dispusiera del ocio necesario para dedicarlo a la lectura y la escritura¹⁶.

Nunca debe olvidarse el contexto histórico en el cual vieron la luz los

studia humanitatis. Una fecha es suficiente: 1303, año del célebre «schiaffo di Anagni». El guantazo simbólico que los legados de Felipe IV el Hermoso dieron al papa Bonifacio VIII abre un siglo de crisis y transformaciones profundas: el traslado (1309) de la sede ponti-

*en un tiempo como el
nuestro, un tiempo en el
cual las palabras parecen no
tener otro valor sino el que
le otorga caprichosamente
el hablante,
independientemente de
cualquier acuerdo previo
con el oyente, el sustantivo
humanismo se ha
transformado en un
contenedor de boca ancha,
listo para ser rellenado
a placer*

ficia de Roma a Aviñón, bajo el control de la monarquía francesa; el fracaso de la expedición del emperador Enrique VII de Luxemburgo a Italia (1311-1312); la larga y compleja Guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra (1337-1453); la terrible Peste Negra (1347-1350), que causó la muerte de cerca

del pensamiento medieval al moderno, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 19.

¹⁴ *Ibid.*, p. 12.

¹⁵ BRUNI, LEONARDO, «Oratio in funere Johannis Strozzae», cit. en BARON, HANS, *op. cit.*, p. 14.

¹⁶ ÍD., «Cicero novus», cit. en BARON, HANS, *op. cit.*, p. 108.

de un tercio la población europea; el empuje de una burguesía emprendedora y escéptica... No es de extrañar que, en esta situación, los espíritus italianos más cultos volvieran la mirada hacia Roma, considerada por ellos «como un valor universal, un mito literario sustitutivo de un concreto ideal nacional»¹⁷. En palabras de Petrarca:

[...] *Poterunt discussis forte tenebris ad purum priscumque iubar remeare nepotes*¹⁸.

La esperanza de *ser* Francesco no era nueva: ya en el pasado, otros hombres habían dirigido sus ojos hacia el mundo antiguo y no faltan autores dispuestos a afirmar que el renacimiento de lo *clásico* constituye la «forma rítmica» de la historia cultural europea¹⁹. En palabras de

un estudioso italiano, «el sentido de las ruinas (o bien, dicho de otra manera, un discurso articulado *acerca de las ruinas*) es una peculiaridad de la cultura occidental; y se puede pensar que dicha peculiaridad esté vinculada no tanto con la caída de un imperio en cuanto tal, sino con aquel singular equilibrio entre continuidad y discontinuidad que siguió a la caída del imperio romano y que, precisamente en las ruinas (como presencia y como ausencia) se encarna en máximo grado, pero que se extiende a las lenguas, a los gestos, a las instituciones, a mil elementos de la cultura antiguo-clásica que llevamos dentro, a menudo sin saberlo. Esta explicación quizá pueda valer también para el periódico renacimiento de lo «clásico» como «forma rítmica» de la unidad peculiar de la cultura europea, si es verdad que ella es la otra cara de una misma medalla: puesto que dichos renacimientos trajeron alimento siempre de los fragmentos del pasado (de las ruinas), constantemente en vilo entre muerte y vida. En otras civilizaciones domina el *pathos* de la tradición de la que uno es portador; en la nuestra el *pathos* de las ruinas, de una fractura irreparable que es necesario curar: renacer, en resumidas cuentas, como condición indispensable de la tradición y de la memoria»²⁰.

¹⁷ MUSCETTA, CARLO, «Crisi e sviluppi della cultura dal comune alle signorie», en AMATURO, RAFFAELE, *Petrarca*, Roma-Bari, Laterza, 1974², p. 12, cit. en CREPO, ÁNGEL, *Francesco Petrarca. Cancionero. Sonetos y canciones*, Madrid, Espasa-Calpe (Col. Austral, 42), *Introducción*, p. 13.

¹⁸ PETRARCA, FRANCESCO, *Africa* IX, 456-457. En la hermosa traducción de RICO, FRANCISCO, *op. cit.*, p. 24: «Podrán tal vez, pasadas las tinieblas, / volver nuestros lejanos descendientes / al puro resplandor del siglo antiguo [...]».

¹⁹ HOWALD, ERNST, «Die Kultur der Antike», 1948, cit. en SETTIS, SALVATORE, *Futuro del «classico»*, Turín, Einaudi (col. *Vele*, 6), 2004, p. 84.

²⁰ *Ibid.*, p. 91.

El sueño del humanismo hoy

En un tiempo como el nuestro, un tiempo en el cual las palabras parecen no tener otro valor sino el que le otorga caprichosamente el hablante, independientemente de cualquier acuerdo previo con el oyente, el sustantivo *humanismo*, al igual que los sustantivos *ética*, *moral*, *libertad*, *justicia*, se ha transformado en un contenedor de boca ancha, listo para ser rellenado a placer. Para sacar del sustantivo *humanismo* –y de los sustantivos *ética*, *moral*, *libertad*, *justicia*– algún instrumento operativo válido, es preciso recuperar su significado originario, aun conscientes de su falsead histórica. En caso contrario, será preferible encontrar, mejor dicho *inventar* (*invenire*), un sustantivo nuevo. Resulta casi inquietante leer las afirmaciones de Heidegger, que, en su *Carta sobre el humanismo* (1947), arrojando una luz despiadada sobre una obviedad que, *incredibile dictu!*, casi nadie, todavía hoy, consigue ver, afirmaba.

El pensar lleva a cabo la relación del ser con la esencia del hombre. No hace ni produce esta relación. El pensar se limita a ofrecérsela al ser como aquello que a él mismo le ha sido dado por el ser. Este ofrecer consiste en que en el pensar el ser llega al lenguaje. El lenguaje es la casa del ser. En su morada habita el hombre. Los pensa-

dores y poetas son los guardianes de esa morada. [...]

Usted [sc. Jean Bauffret] pregunta: *¿comment redonner un sens au mot «Humanisme»?* Esta pregunta nace de la intención de seguir manteniendo la palabra «humanismo».

*si, por un milagro, la
escuela recuperara la
atención hacia la gramática,
es decir, hacia la
singularidad y la majestuosa
capacidad relacional de las
palabras, este accidente
llamado occidente sufriría
un empujón tan fuerte que
muchos de los muchos
diablillos sentados en sus
espaldas se caerían de bruces*

Pero yo me pregunto si es necesario. ¿O acaso no es evidente el daño que provocan todos esos títulos? Es verdad que ya hace tiempo que se desconfía de los «ismos». Pero el mercado de la opinión pública reclama siempre otros nuevos y por lo visto siempre se está dispuesto a cubrir esa demanda. También nombres como «lógica», «ética», «física» surgen por primera vez en escena tan pronto como el

pensar originario toca a su fin. En su época más grande, los griegos pensaron sin necesidad de todos esos títulos. Ni siquiera llamaron «filosofía» al pensar.

[...] si se entiende bajo el término general de humanismo el esfuerzo por que el hombre se torne libre para su humanidad y encuentre en ella su dignidad, en ese caso el humanismo variará en función del concepto que se tenga de «libertad» y «naturaleza» del hombre. Asimismo, también variarán los caminos que conducen a su realización. [...] Por muy diferentes que puedan ser estos distintos tipos de humanismo en función de su meta y fundamento, del modo y los medios empleados para su realización y de la forma de su doctrina, en cualquier caso, siempre coinciden en el hecho de que la humanitas del homo humanus se determina desde la perspectiva previamente establecida de una interpretación de la naturaleza, la historia, el mundo y el fundamento del mundo, esto es, de lo ente en su totalidad²¹.

Las humanidades hoy

¿Cuál es, hoy, la situación de los *studia humanitatis*, históricamente

entendidos? La gramática, la retórica, la historia, la poesía y una filosofía moral que sólo en compañía de las anteriores disciplinas puede tener un sentido auténtico, ¿están nadando en el caldo de cultivo del cual debe brotar el futuro de la humanidad? ¿Quién cree, hoy, que el «lenguaje es la casa del ser»? «Sólo se conoce el actuar como la producción de un efecto, cuya realidad se estima en función de su utilidad»²² afirmaba Heidegger, en una Europa hecha añicos por el miedo. El siglo XXI nace marcado por un enorme signo de interrogación. La verdad ha muerto y el ser humano busca cansado un agarre para no precipitar en el peligroso abismo del sinsentido.

En este accidente llamado Occidente, los individuos, hechos ovillos, armados de espesas gafas de revista, se analizan, se medican, se consuelan sin consuelo, se rechazan en cuanto cuerpos sujetos a las leyes naturales, aspiran a *vacationes* saturadas –¡antífrasis máxima!–, a paraísos inertes. En este accidente llamado Occidente, muerta ya la metafísica, el ser humano se pregunta qué hacer. De nuevo en palabras de Heidegger, «el deseo de una ética se vuelve tanto más apremiante cuanto más au-

²¹ HEIDEGGER, MARTIN, *Carta sobre el humanismo* (1947), Madrid, Alianza, 2000.

²² *Ibid.* Cf. BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate*, VI.

menta, hasta la desmesura, el desconcierto del hombre, tanto el manifiesto como el que permanece oculto». Para algunos, o, tal vez, pocos, de nosotros, el ruido imperceptible que nos envuelve se hace insoportable. Para algunos, o, tal vez, pocos, de nosotros, el deseo de silencio, en su imposibilidad, se transforma en una tenaza. El futuro es incognoscible, pero sí se conocen sus semillas: los jóvenes, los niños. Lo que llamamos sociedad debe educarlos: nadie, o, tal vez pocos, lo pone en duda. Pero, ¿qué significa *educar*?

Una vez más, el sentido de la palabra se ha perdido. Lejos de ser aquel gesto con el cual *educitur*, es decir, *se guía hacia fuera* de una persona, no sin su colaboración, lo bueno y lo malo que ésta tiene en su interior, lo que llamamos hoy educación se ha transformado en su contrario: en una *in-ductio*, es decir, una *inyección*, a menudo dolorosa, en el sujeto discente de determinadas capacidades prácticas finalizadas a transformar al sujeto mismo, y en el menor tiempo posible, en un pequeño engranaje del sonriente mecanismo productivo de felicidad sensorial en el cual se ha transformado nuestra sociedad.

Los humanistas florentinos del siglo XV no eran santos inocentes: su república no era nuestra república, sus intereses eran inte-

reses de parte, su coherencia política dejaba mucho que desear... Sin embargo, los humanistas florentinos del siglo XV, con su intuición, nos brindan un fármaco terriblemente eficaz contra la desazón que nos invade, un fármaco que, como muchos fármacos, tiene sabor amargo y no da resultados inmediatos. Si, por un milagro, la escuela recuperara la atención hacia la gramática, es decir, hacia la singularidad y la majestuosa capacidad relacional de las palabras; si la escuela recuperara la atención hacia la retórica, es decir hacia el arte del lenguaje, capaz de hacer visible lo invisible; si la escuela recuperara la atención hacia la historia, es decir, hacia el conocimiento de las fuerzas que mueven, hacen crecer o destruyen al ser humano; si la escuela recuperara la atención hacia la poesía, es decir, hacia la capacidad de manifestar, aunque sea de manera fugaz, el ser; si la escuela, finalmente, recuperara la atención hacia una ética que no puede ser sino un constante esfuerzo por llegar a un pacto en virtud del cual cada ser humano pueda desarrollar plenamente su dignidad, en un horizonte de paz y justicia; si la escuela recuperara todo esto, este accidente llamado occidente sufriría un empujón tan fuerte que muchos de los muchos diabli-

llos sentados en sus espaldas se caerían de bruces.

Uno de aquellos extraordinarios profetas que la providencia divina, desde los tiempos del Zeus homérico, regala a la humanidad, escribió, hacia finales de los años '90 del pasado siglo:

«Toda educación depende de la filosofía de la cultura que la presida; y debido a estos obsecuentes imitadores de los “países avanzados” –¿avanzados en qué?– corremos el peligro de propagar aún más la robotización. Debemos oponernos al vaciamiento de nuestra cultura, devastada por esos economicistas que sólo entienden del Producto Bruto Interno –jamás una expresión tan bien lograda–, que están reduciendo la educación al conocimiento de la técnica y de la informática, útiles para los negocios, pero carente de los saberes fundamentales que revela el arte. Esta educación es sólo accesible a quienes queden incluidos dentro de los muros de nuestra sociedad, ya que el mundo de la técnica y la informática, que supuestamente nos iba a acercar unos a otros, signifi-

có, para la inmensa mayoría, un abismo insalvable.

[...] No podemos hundirnos en la depresión, porque es, de alguna manera, un lujo que no pueden darse los padres de los chiquitos que se mueren de hambre. No es posible que nos encerremos cada vez con más seguridades en nuestros hogares. Tenemos que abrirnos al mundo. No considerar que el desastre está afuera, sino que arde como una fogata en el propio comedor de nuestras casas.

[...] Les propongo entonces, con la gravedad de las palabras finales de la vida, que nos abracemos en un compromiso: salgamos a los espacios abiertos, arriesguémonos por el otro, esperemos, con quien extiende sus brazos, que una nueva ola de la historia nos levante. [...] Sólo quienes sean capaces de encarnar la utopía serán aptos para el combate decisivo, el de recuperar cuanto de la humanidad hayamos perdido»²³. ■

²³ SÁBATO, ERNESTO, *Antes del fin*, Barcelona, Seix Barral, 1999, pp. 112-113 y 187-188.